

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

Conocidas ya de nuestros lectores dos series de conferencias predicadas en Nuestra Señora de Paris por el célebre jesuita Padre Felix, consideramos nosotros como una obligación, muy sagrada, y como un servicio importante completar esta bellisima colección, que tanto honra las columnas de *La Cruz*, y que con tanto aplauso ha sido acogida por sus lectores, con otra serie de conferencias no menos notables, y cuya insercion empezamos hoy continuándola en los números sucesivos.

CONFERENCIAS PREDICADAS EN NUESTRA SEÑORA DE PARIS POR EL PADRE FELIX.

Conferencia I.

NUESTRO MAL Y NUESTRO REMEDIO.

La predicacion evangélica es la manifestacion de Jesucristo por medio de la palabra, es la declaracion verbal del verdadero cristianismo en presencia de las necesidades de la humanidad viviente.

Esta manifestacion de Jesucristo y del cristianismo por la palabra, es de dos clases, segun el objeto inmediato que el orador se propone.

La primera se dirige á Jesucristo; preparacion racional de la fé que marchando de la humanidad á Jesucristo

mismo, nos manifiesta á este como Dios; á su obra como divina y á su doctrina como la verdadera. Tal fué especialmente la predicacion que hizo descender sobre vosotros, en los últimos años, con el esplendor que el génio comunica á la verdad, ese orador siempre ilustre que no puedo elogiar desde aquí, porque su palabra basta por si sola para elogiarlo dignamente; y porque valiéndome de una expresion de Bossuet, cualquiera otro elogio desmerece ante ese nombre ilustre.

La segunda manifestacion de Jesucristo por la palabra es la que partió de Jesucristo mismo para descender á la humanidad; declaracion evangélica del verdadero cristianismo, que pone al Verbo encarnado en presencia de las oscuridades, de las flaquezas, de las ruinas de los siglos, y le hace aparecer para iluminarlo todo, para curarlo todo, para restaurarlo todo. Los siglos encontrando perpétuamente en él toda la luz, todo remedio y toda fuerza, reconocen, aman y adoran en él á su unidad y á su eterno Salvador. Esta segunda manifestacion de Jesucristo por la palabra conduce igualmente á una demostracion de su divinidad. Lo que todo lo ilumina, lo que todo lo cura, lo que todo lo restaura, no puede dejar de ser considerado como divino.

Bajo este segundo punto de vista de la predicacion evangélica os presentaré, señores, algunas consideraciones.

Manifestar á Jesucristo, hacer la declaración sincera del cristianismo en presencia de las aberraciones intelectuales, de las debilidades morales, de las ruinas sociales de nuestra época, ir en fin por la palabra, del amor del corazón vivo de Jesucristo al corazón vivo de nuestra humanidad, con el objeto eminentemente apostólico de renovarlo todo, de restaurarlo todo en nuestro Señor Jesucristo, tal es mi designio. Así, pues, entraré de lleno en el cristianismo y en el siglo; y tomaré por punto de partida la incorporación de Jesucristo á nuestra humanidad, punto culminante de la doctrina cristiana, cúspide del espléndido edificio elevado aquí por la palabra á la gloria de la verdad católica.

Mas antes de entrar en detalles, para manifestar de qué manera corresponde y satisface Jesucristo á todo, es preciso, señores que comprendamos perfectamente la imperiosa y suprema necesidad que tenemos de él. Tal será el objeto especial de este discurso preliminar que reasumo en dos palabras. «Nuestro mal y nuestro remedio.»

Nuestro mal, señores, lo enuncio en una sola palabra: es nuestro alejamiento de Jesucristo. Un movimiento de regreso á Jesucristo y al verdadero cristianismo se produce manifiestamente en nuestros días. Si, pues, empiezo por señalar en nuestro alejamiento de Jesucristo la causa profunda de nuestras desgracias, no es para negar la realidad del movimiento feliz que nos conduce á Dios; antes por el contrario, es para aplaudir, es para animaros mas y mas en esa generosa iniciativa.

El alejamiento de Jesucristo, tiene dos causas principales que se derivan una de otra. La primera se refiere á lo pasado; la segunda afecta al presente. La causa eminentemente actual de nuestro alejamiento de Jesucristo es, en mi concepto, y para todo observador atento, la alteración progresiva del verdadero cristianismo y la propagación de un cristianismo falso. Y como este

mal no es mas que la transformación de otro, es preciso que nos remontemos en pocas palabras al punto de partida de nuestros desastres.

Hace cerca de un siglo que se efectuó en Europa, y principalmente en Francia, un movimiento que no pudo calificarse de ninguna manera mejor, que llamándolo una insurrección contra Jesucristo. No pretendo, señores, infamar á todo un siglo: en este siglo señalo un fenómeno, y en este fenómeno, un carácter que se acusa á sí mismo mas y mas; quiero decir, un carácter salánico, la guerra al cristianismo, el odio contra Jesucristo, que produjo un triple movimiento anticristiano. En primer lugar el movimiento de las ideas. Entonces apareció una filosofía que no era en sentido riguroso mas que la contradicción á Jesucristo; y como Jesucristo es la verdad, aquella contradicción produjo un diluvio de errores; tanto en el orden de la fé, como en el orden de la razon. Al movimiento de las ideas, siguió el movimiento de las costumbres; y como Jesucristo es la santidad, las costumbres al separarse de él, debían naturalmente entrar en la corrupcion. En efecto, señores; á las saturnales de la filosofía solo sobrepujaron las saturnales de la voluptuosidad; y sobrevino, en fin, el movimiento social, consecuencia fatal del movimiento de las ideas y de las costumbres. Jesucristo, que es la verdad; Jesucristo, que es la santidad, es tambien la autoridad; así pues, la contradicción á la autoridad, vosotros señores, sabéis lo que es; es la revolucion. Tomad en el sentido que queráis la idea revolucionaria, y siempre os dará la misma contestación, ella dice: Yo soy la contradicción á la autoridad. ¿Quereis igualmente saber por qué ese impetuoso torrente que atraviesa sin cesar el corazón de toda sociedad, se desbordó repentinamente con una violencia que no se conoció jamás? Yo os lo diré; porque entonces la dignidad sagrada, único dique que podia contenerlo, se vio bla-

cada cual nunca lo habia sido. Jesucristo dijo: *Yo soy el rey del universo, se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra*: pues bien; habiamos atentado á su dignidad real, y el golpe lanzado contra la autoridad divina y humana, debian naturalmente conmover de rechazo á toda otra autoridad. Así fué que el huracán de la tempestad social, que en aquel momento pasaba sobre las naciones, arrebató la magestad de la frente de los reyes al mismo tiempo que su corona. En medio de tantas cosas abatidas, menospreciadas, profanas, no era tan lamentable contemplar las ruinas de las dinastías, los despojos de los cetros, y de los tronos, como ver mezclarse á aquella grande ruina otra todavía mayor, la ruina de la autoridad misma.

Así marchaba nuestro progreso: progreso en el error, progreso en la corrupcion, progreso en la revolucion. El término y fin principal no podia hacerse esperar mucho tiempo. En efecto, la filosofía, el deleite y la revolucion se encontraron aquí mismo al rededor de este altar, llorando el destierro de su Dios, proternadas en una comun adoracion, ó mejor dicho, en una comun licencia...

Nosotros, señores, hemos roto con esas violencias, con esas impiedades, con ese desórden, con esa licencia; si, pero es preciso no hacerse ilusiones, porque á pesar de nuestro divorcio con esas antiguas impiedades, existe todavía un mal profundo que nos devora, y este mal es que nuestra reaccion contra el cristianismo, en lugar de conducirnos á un cristianismo sincero, nos hace propender á un cristianismo falso. Este encadenamiento se explica por el movimiento de las cosas y por la propension del corazon humano. Nuestra rebelion contra la santidad, contra la verdad y la autoridad habia penetrado muy profundamente en las nuevas generaciones para que pudiera alcanzarse inmediatamente una completa reconci-

liacion con Jesucristo, en quien se hallan personificadas estas tres cosas.

No pudiendo, pues, reconciliarse completamente con el cristianismo, á quien se habia atacado, y por otra parte, no pudiendo consentir en que todavía se le atacase, quedaba un tercer partido que tomar, formarse un cristianismo que las nuevas generaciones pudiesen aceptar, un cristianismo que exigiese poco ó nada de la independencia de nuestra razon, de la independencia de nuestras pasiones, de la independencia de nuestra voluntad, es decir, un cristianismo falso. Tal fué el partido que tomó por sí mismo y espontáneamente este siglo, cuyos hijos somos.

En efecto, señores, este siglo considerado en su conjunto, no habla de guerra, sino de paz, salvo algunas escepciones, que es preciso esperar siempre; no ataca ni á la doctrina, ni á la moral, ni á la persona de Jesucristo. ¿Qué hace, pues? Desnaturaliza, altera. A la agresion ha sucedido la alteracion, y al anticristianismo ha sucedido el pseudo-cristianismo. Así es que nuestro símbolo ha recibido de los sábios de este tiempo elogios y admiraciones á que solo esceden las mutilaciones que le han hecho sufrir. Pero es muy de notar, que en todas partes hemos visto, bajo la forma de la fé, el pensamiento racionalista... Con nosotros se ha dicho; la *revelacion*; pero la revelacion era la idea manifestándose á la razon humana. Con nosotros se ha dicho: la *encarnacion*; pero la encarnacion era la verdad desarrollándose progresivamente en el seno de la humanidad. Con nosotros se ha dicho: la *redencion*; y la redencion, era el hombre libertándose, en su marcha progresiva, de la servidumbre de los hombres y de la servidumbre de las cosas. Con nosotros se ha dicho: la *comunion*; y la comunion indefinida del hombre con el universo y con sus semejantes. En fin, con nosotros se ha dicho; el *paraiso y el infierno*; y el paraiso era el hombre

gozando en la tierra perfeccionada por su genio; y el infierno era el hombre devorado en este mundo por el sufrimiento: y Satanás personificando en la tierra el reinado de la miseria. Así por todas partes la lengua divina iba esprestando los pensamientos, ó mejor dicho, los errores del hombre, el cielo, manifestando las cosas de la tierra, y el verbo, consagrado por el espiritualismo mas sublime, siendo intérprete extraordinario del materialismo mas abyecto.

El mal, como debía esperarse, pasó á la moral. Mientras que la independencia de nuestra razon mutilaba nuestro simbolo, la independencia de nuestras pasiones se ocupaba en mutilar nuestra moral, en descartar del Evangelio todas las autoridades, todas las severidades, es decir, todas las verdades cristianas.

Nunca, como en nuestro siglo, se habia intentado hacer que sirviera en beneficio de las pasiones la inmortal popularidad del Evangelio. Triste y doloroso espectáculo! Hombres sin sè y sin virtudes han pedido á este libro divino la consagracion de las ignominias del hombre, haciendo salir de las formulas de verdad, errores fabulosos, de los preceptos de virtud, la apología del crimen, y de las palabras de paz y fraternidad, gritos de guerra y de fratricidas venganzas. Pero la mas profunda, y sin contradiccion, la mas desastrosa de todas las alteraciones es la que se refiere á la persona misma de Jesucristo. Para creerse con derecho á combatir su doctrina y su moral era preciso atacar, á su persona, era preciso mutilarlo á el mismo. Fué tal, señores, la grande impiedad de aquel siglo, que llevaba su osadia hasta el punto de privarle de la magestad que habian adorado los siglos precedentes, es decir la magestad de Dios. Nada dejaba en su frente mas que la aureola de un grande hombre, y luego, presentándolo desfigurado de esto modo á generaciones incrédulas, exigía para el, no las adora-

ciones que merece, sino elogios que le blasfeman, honores que le insultan y respetos que le rebajan...

Hé aquí, señores, el cristianismo que se trábaja incesantemente por hacernos adoptar: el cristianismo, menos la doctrina cristiana, el cristianismo, menos la moral cristiana, el cristianismo, menos Jesucristo.

Hé aquí, señores, lo que yo llamo la llaga viva, dilatada y profunda de nuestro tiempo: la alteracion del verdadero cristianismo, continuada á través de los homenajes tributados al cristianismo. ¡ Ah! Existen algunos hombres en quienes bajo ese exterior cristiano vive todavia el anti-cristianismo. Si hay ilusiones y sinceridades, hay tambien máscaras é hipocresias. Pero, lo que mas contrista mi corazon y consterna mi pensamiento, es ver que algunas veces hombres graves, y hasta cierto punto sinceros, ponen la mano en esa obra de alteracion cristiana, cuyo resultádo final, si llegara á prolongarse, no podria menos de ser para la sociedad y el cristianismo un mismo y comun desastre. Si, no hay que olvidarlo, señores, la alteracion progresiva conduce á la ruina... Si; la agresion al principio, la alteracion al medio, la destruccion al fin; tal es la marcha de las cosas; y, señores, cuando ya somos grandes, no podemos caer sino estrepitosamente. Tened entendido que un pueblo sagrado por su incorporacion á Jesucristo, es no solamente una progenie santa, sino tambien un sacerdocio real; y como el sacerdote y como el rey no puede caer á medias.

Este lúminoso principio de verdad y este órden de cosas nos conducen á nosotros cristianos, ó á la mas alta dignidad, ó á la mas profunda bajeza; bien que segun la admirable expresion de un célebre escritor de este siglo, cuando cesamos de ser cristianos, no sabemos existir ni aun como hombres.

¡ Ah! Señores, ¿ es necesario quizas profundizar tanto la naturaleza de las cosas para demostraros aqui cuan

fatal es este termino, cuando la historia contemporánea ha venido á derramar sobre esos misterios su formidable claridad? ¡Ah! ¿por ventura no habeis comprendido esa voz que se dejaba oír en medio de tantas otras voces, y que dominaba todos nuestros rumores? Voz siniestra, voz satídica, cuya formidable sinceridad arrancando á los unos todas las ilusiones, á los otros todas las máscaras y á todos la seguridad, ha infundido á la vez á amigos y enemigos de la verdad, un terror, una estupefacción comun. Si, señores, nuestro mal se ha manifestado en esta sociedad, entrea-bierta por un repentino sacudimiento, tal como por espacio de mucho tiempo lo encerraba en su seno. El anti-cristianismo ha reaparecido con formas enteramente nuevas, pero con odios que no mueren jamás, y por su boca hemos oido las voces de los tres abismos que nos atraian para devorarnos. En medio del rumor contemporáneo ha proferido, tres palabras que han manifestado á todos el término final de toda ciencia, de toda moral, de toda sociedad que se divorcia de Jesucristo. Conmoviendo con la autoridad la base de toda sociedad, ha dicho: El gobierno es la anarquía; Conmoviendo con la idea de justicia la base de toda moral, ha dicho: La propiedad es un robo; Conmoviendo con la idea divina la base profunda de toda ciencia y de toda filosofía, y dando á la blasfemia una solemnidad que aun el mundo no habia conocido, ha dicho: Dios es el mal..... De este modo, señores, el fin ha correspondido al principio. Una voz del siglo pasado habia dicho: *Aniquilemos al infame*; otra voz de este siglo ha respondido: *Dios es el mal*. La blasfemia haciendo eco á otra blasfemia, la palabra de Sathanás respondiéndose á sí misma, y prolongando el eco de su propia voz de la estremidad de un siglo al otro.

Ah!, señores, cuando esta palabra legó á resonar en la sociedad, credlo, venia, hacia mucho tiempo, su razon de ser en el movimiento de las cosas.

¡Dios es el mal! ¿Acaso esta palabra significaba que no hubiésemos obrado el mal en mucho tiempo? Al mal se le ataca; al mal se le persigue; al mal se le echa fuera; nosotros habiamos perseguido, nosotros habiamos lanzado á Dios. Y este Dios atacado por nosotros, como el mal, era el Dios que tenia una corona de espinas, era el Dios del Calvario, era Jesucristo Crucificado! Y cuando, al retroceder ante inveteradas sacrílegas impiedades, le hemos dicho: «vuelve á nosotros» entonces tambien lo rechazamos por la fuerza de las cosas; porque, lo que no queriamos, lo que aborreciamos siempre, lo que siempre rechazábamos era la mortificación, era la abuegacion, era la humildad, es decir, todo lo que se hallaba personificado en él, todo lo que es él mismo, es decir, el bien; y nuestra gran desgracia fué tratar á Jesucristo como al mal. Nuestro remedio es tratar á Jesucristo como al bien, abrazando con él al verdacero cristianismo, acerca de cuyo punto os presentaré algunas consideraciones.

Es preciso, señores, volver á Jesucristo, porque él es, con el ideal que debemos alcanzar, la vida que debemos vivir. No creais que vengo aquí en nombre del cristianismo, á combatir ese amor, que en este siglo se cree consagrar el progreso, no; el progreso es la marcha ascendente hacia lo ideal; y lo ideal para nosotros, cristianos, es Jesucristo y Jesucristo solo; Jesucristo que era ayer, que es hoy y que será para siempre... Y nosotros, cristianos hombres del pasado, porque Jesucristo era ayer, hombre del presente, porque Jesucristo es hoy, y principalmente hombres del porvenir porque Jesucristo en los siglos, hemos aquí como un solo hombre, olvidando un pasado donde hay tanta grandeza, apoyados sobre un presente donde hay tanta esperanza, no cuidándonos de imitar esta edad ni la otra, sino tratando solo de buscar con la vista y el corazon al que es el tipo universal de todo hombre, de todo

pueblo y de todo siglo, al que es principio y fin, al que es autor y consumidor; *aspicientes in auctorem fidei, et consumatorem Jesum.* (Hebr. XII, 2).

Limitar el ideal á tal forma, á tal belleza que lo manifiesta, sería olvidar que existe un tipo divino mas grande que toda forma artística, literaria y social, que no se deja aprisionar por ninguna. Cuando la vida de Jesucristo llega á difundirse en un siglo, rompe las formas que á pesar de su grandeza, no le contenían para manifestarse en otras.

¡ Ah! Señores, reconozco que en nuestro pasado cristiano las edades han sido grandes, y fueron grandes, porque abundaba en ellas la vida de Jesucristo; pero no llegaron á nuestro apogeo. Nosotros podemos subir mas alto. Inspirémonos de la vida de Jesucristo mas que se inspiraron nuestros padres, y haremos nacer una edad mas grande; y de tantas cosas perfeccionadas por nuestro genio, y de tantas cosas pulverizadas por nuestra actividad. Mas devoradora que profunda, la savia cristiana hará florecer maravillas, que, para ser magnificas, no tendrán necesidad de imitar ni á la antigua, ni á la moderna, ni á la media, porque serán por sí mismas la mas vasta expansión de esta vida, serán como el mismo Dios, siempre joven, y siempre inagotable. Pero es preciso tener la vida; tal es la cuestion rigorosamente hablando. He dicho que el progreso es la marcha hacia lo ideal; pero la marcha por el acrecentamiento de la vida y por el acrecentamiento de una vida en armonía con lo ideal que se procura conseguir. Para nosotros, pues, señores, la cuestion, la verdadera cuestion, consiste en tener una vida que sea digna de nuestro ideal, del ideal cristiano.

Ahora bien, señores, permitidme decirlo; fuera de Jesucristo no teneis la vida. En efecto, ¿ dónde está vuestra vida? ¿ En el orden de la inteligencia? Todos los dias oigo á los hombres mas graves y mas atentos á las manifesta-

ciones de la inteligencia, acusar en nuestras obras ese déficit, que nada es bastante á cubrir, la ausencia de emociones profundas, de inspiraciones generosas; en una palabra, los deliquios de la vida. No hay que admirarse, señores; el principio de la vida intelectual para un pueblo y para todo cuanto produce; consiste en tener creencias, y la primera condicion para tener una creencia, es tener un simbolo. Ahora bien: si os separais de Jesucristo, ¿ tendreis un simbolo? Un novador de este tiempo escribia á otro; « Los cristianos dicen su *Credo*; proclamad el vuestro; no negueis; afirmad; pero afirmarse, es decir su *Credo*; tal es precisamente la gran dificultad.... En cuanto á nosotros, cristianos, henos aquí al rededor del verbo vivo, iluminados por su luz, viviendo con su vida hace muy cerca de dos mil años, recitando siempre ese armonioso simbolo, cuya majestad va creciendo á medida que se amontona á nuestros pies las ruinas de los sistemas sobre los cuales cantamos y cantaremos siempre el *Credo* de la verdad; y, de pié, sobre el polvo de todas vuestras filosofías, os decimos: recitad si es que podeis, recitad tambien vuestro *Credo*, que no se compone mas que de doctrinas negativas; y, si no os apresurais á decir con Jesucristo el *Credo* de la verdad, tarde ó temprano os vereis precisados á decir con Satanás el *Credo* de la mentira. Luego la mentira, en el orden intelectual, no es la vida, es la muerte.

Y en el orden moral, ¿ dónde está vuestra vida fuera de Jesucristo? El principio de la vida intelectual es un simbolo; el principio de la vida moral es tener un decálogo, es decir, un código de costumbres inteligible, inmutable. Desde el momento en que la ley de las costumbres llega á hacerse oscura é incierta, el orden moral se descompone, y todas las virtudes reciben un golpe de muerte. Y cuando presto mi atención á las lecciones de los que han pretendido fundar una moral sin Jesucristo y aun

contra Jesucristo, no escucho mas que negaciones. Oigo que se niega como justa la propiedad y la castidad como virtud. Yo pregunto a los que con esa moral verdaderamente nueva, han desencadenado tempestades apenas calmadas; para encadenar al fin en el corazon de las turbas esa ansiosa y ardiente codicia, ¿tenéis un freno bastante fuerte? ¿Si ó nó? Y cuando ese ser multiplicado gigante por la fuerza y por el número, se levante de nuevo en nombre de vuestra filosofía, y se disponga a lanzarse sobre vuestras familias, sobre vuestras fortunas y sobre vosotros mismos, ¿le ordenaréis que domine su fuerza? ¿y vuestra sabiduria será bastante fuerte para encadenar sus pasos? **No, y mil veces no. Vuestra moral no está formada, vuestro decálogo es siempre incierto y está por hacer, y si no aceptais el nuestro, tal como descendió de la cumbre del Sinaí, coronado como un edificio por su magnífica cúpula con el precepto de fraternidad y caridad cristiana, os vereis condenados en vuestra impotencia a no creer sin Jesucristo mas que el símbolo del error; la misma impotencia os condena a no creer sin él mas que el decálogo del mal.** Luego el mal en el orden moral, no es la vida, es la muerte.

En fin, ¿donde está vuestra vida en el orden social? Aquí es donde más resalta la importancia de crear la vida fuera de Jesucristo. Recorriendo los diversos elementos de la vida social, podría deciros: Sin Jesucristo jamas tendréis verdadera libertad, jamas verdadera fraternidad, jamas verdadera abnegacion, jamas verdadero patriotismo. Pero lo mas radical que hay entre todos los elementos cuya armonía debte constituir la vida social, lo mas eminentemente vital que hay, es ese poder que funda el movimiento en la sencillez, y la libertad en el orden: poder colocado mas alto que todos los gobiernos y que todas las sociedades: poder, no material, sino moral, que toca por una estremidad de la tierra, y por la otra

al cielo; la autoridad. Si, señores, asi como la vida intelectual se funda en un simbolo y la vida moral en un decálogo, asi tambien la vida social debe fundarse en una autoridad. ¿Pero habeis pensado bien en la dificultad de crear ese que yo acabo de pintar como autoridad? ¡Ah! nosotros podemos crear un gobierno: pero crear ese poder misterioso que eleva a los hombres humillándolos en una dependencia voluntaria, que hace surgir del fondo de los corazones y de las conciencias, con esa sumision generosa, un inestinguible respeto..... ¡ah! señores, dejadme que os lo diga, haciéndome muy superior a toda preocupacion del dia y a todo pensamiento humano: para crear esta fuerza, somos sin Jesucristo mas impotentes que el último de los pueblos, precisamente, porque al hacer Jesucristo de nosotros el pueblo cristianísimo, hizo tambien de nosotros el mas grande de los pueblos. ¡Ah! cuando el desprecio y la rebelion han subido del corazon de un pueblo cristianísimo hasta Jesucristo, personificacion divina y humana de la autoridad, toda autoridad debe caer fatalmente en la solidalidad de la rebelion y del desprecio que se unen a ella; y bien, ¿acaso, no habeis oido el estruendo que han hecho resonar las revoluciones en todos nuestros foros, como señal de la tempestad? «*Nolumus hunc regnare super nos!*» No queremos que reine sobre nosotros.» Desde que nuestros padres habian repetido esta frase, tomada de la que los judíos habian dicho el dia de la Pasion; quedamos impotentes para fundar la autoridad: y todo lo que hacíamos para establecer una autoridad con las ruinas de los poderes humillados, no era otra cosa, que hacernos más profundo el abismo de la anarquia y la anarquia en el orden social, no es la vida, sino la muerte.

Asi pues, echada esta la suerte fuera de Jesucristo quedais privados fatalmente de los grandes elementos de la vida: no tenéis la vida intelectual, no tenéis la vida moral, no tenéis la

vida social: ¿y para qué tendríais la vida, si no teneis al Dios vivo mediador que nos hace entrar en el orden sobrenatural, que posee en su unidad personal lo natural y lo sobrenatural, la vida divina y humana; porque Jesucristo vida vuestra es Dios y hombre á un mismo tiempo. *Christus vita vestra.*

Si, señores: él solo es vuestra vida, así como es vuestro ideal; y para decirlo de paso, es un gran desastre de este tiempo la contradicción entre el ideal que buscamos, y la vida en que vivimos. No haya, pues, contradicción; confórmese la vida con el ideal de Jesucristo y que Jesucristo sea la vida como el ideal de todos: y se verificará una grande restauración en esta sociedad abrumada de ruinas y de polvo. Parece que veo al restaurador divino, levantándose en medio de nuestras oscuridades, de nuestras debilidades, de nuestras ruinas, para iluminarlo todo, para afirmarlo todo y restaurarlo todo. Abre su corazón de donde brotan las virtudes con su amor, y tendiendo la mano para detener nuestras sociedades que se hunden, dice con una sonrisa que calman los huracanes; la resurrección y la vida soy yo; *Ego sum et resurrexio et vita.*

Esta es, pues, señores, mi conclusión; hay que regresar hácia Jesucristo, y ante esta sociedad que le llama y que se ve morir cada día, juro que no hay otro remedio.

Hemos roto con el anti-cristianismo, y hemos hecho muy bien; ha llegado el momento de romper con el pseudo-cristianismo. No hay término medio. Mas tarde ó mas temprano la fuerza de las cosas nos obligará á elegir. Volver hacia atrás, retroceder hasta Voltaire, ni queremos, ni podemos.

Adelante, pues, señores, enarbolemos nuestra bandera, la bandera de Jesucristo; y marchemos! No lo dejéis para mañana no! No mañana, señores; hoy mismo. A los pueblos, coeso á los hombres Dios no ha concedido me mañana... Ha dicho un grande

hombre que para reanimar como para perder un pueblo es bastante una sola idea, una idea. La idea desastrosa ya os la he dicho, la separación de Jesucristo; la idea saludable, vedla aquí; volver á Jesucristo.

Me consideraría dichoso por toda mi vida con haber tenido vocación de subir, aunque fuera una sola vez, á esta cátedra, para hacer oír en ella ese grito, de mi alma convencida y de mi corazón apasionado: sin Jesucristo todo está perdido: con Jesucristo todo está ganado!

P. FELIX S. J.

(La Cruz.)

ANUNCIOS.

Desde el día 10 del actual, queda abierto el pago de la mensualidad de Enero para los señores partícipes que cobran sus haberes en los arziprestazgos respectivos. Madrid 6 de Febrero de 1858.—Marcos M. Sainz.

Desde el día de hoy, queda abierto el pago á las clases eclesiásticas de esta provincia, de la mensualidad de Enero último; y lo pongo en conocimiento de los partícipes, para que inmediatamente procuren hacer efectivo el cobro en la forma acostumbrada. Albacete 1.º de Febrero de 1858.—El habilitado, Pablo Medina, presbítero.

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
CALLE ANCHA NUM. 34.